



EDICIÓN ESPAÑOLA

Méndez Alvaro, 2, 1.º

Apartado 547.

Horas: de dos á cuatro de la tarde

SUMARIO

CARAS BONITAS

CASIMIRO PRIETO.
Sección vermouth.

CARLOS MIRANDA
Nuestras crónicas: Viñas chulas.

VÍCTOR GABIRONDO
Los bailes clásicos: «La Gruta».

COLIRÓN
Los cuentos de Melgares.

JUAN PINTÓ Y PARDO
El capricho de Ricardo.

LUIS SANZ FERRER;
Cantares baturros.

ADOLFO LLUCH
A una mujer galante.

D. GUANSÉ SALESAS
El fauno viejo.

CARLOS, TINO, MATEOS,
A. ORTIZ, CREHUET, P. A.
Y MENDA

Varios dibujos y retratos
de Julita Pujol y «Los Morita».



JULITA PUJOL

Una lindísima gaditana que pronto aplaudiremos en el mejor
Biblioteca Regional de Madrid España. ¿Saben ustedes cuál es?

5 céntimos



«¿Lo quieren ver?
¡Fíjense bien!»

Los chicos de LA HOJA, sin alcanzar el grado de perversión que las beatas nos adjudican para más desearnos en la soledad de sus «cuartos de soltera», somos, en efecto, un tanto libertinos.

Si algo nos cogemos con papel de fumar es el tabaco, y en cuanto á las malas costumbres, estimamos que lo peor es lo mejor.

Sin embargo, hay cosas superiores á nuestra impudicia, que una buena noche despiertan en nosotros sentimientos dormidos tiempo hacia, y encien-

den en nuestro semblante el color de algo que dábamos por muerto para siempre.

Por ejemplo, el cronista, que goza fama de fresco en este país, digno de estar enclavado en el círculo polar ártico, y que tiene un estómago á prueba de la comida del «restaurant» del Hotel Palace, no pudo menos que arrebolarse la faz y sentir náuseas violentísimas, hace unas cuantas noches, en Barcelona.

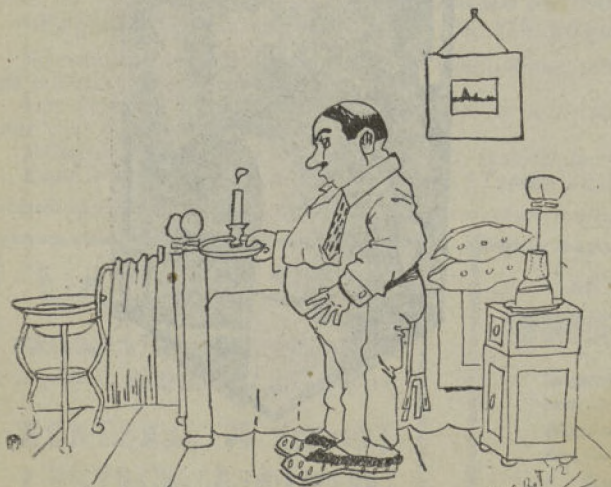
Razón tienen los que allí aseguran que en el resto de España—y menos mal si nos llaman «el resto»—no estamos educados para ciertas cosas... No estamos tan mal educados, afortunadamente.

En la Ciudad Condal, de cuyas rúas más céntricas se ha enseñoreado el vicio y ha manchado el ambiente la más repugnante pornografía, se ofrece al forastero y al indígena un plato relativamente barato y absolutamente de mal gusto.

Es un plato del día que bien pudiera llamarse de la noche. Lo sirven en su propia salsa unas desgraciadas que habitan y ponen un añjo al verbo habitar, en las chirlatas del Paralelo, que muchos llaman, con muy buenos deseos, «music-halls».

El cronista visitó, entre otros garitos, uno nombrado «Novelty», en donde triunfaba por sus desmanes—y con sus dos manos—Antonia Cachavera, á quien, con el respeto debido á las ancianas, podría llamársela

SOLILOQUIOS



—Caray, lo que tarda Dolores en irse a la cama...
la noche así. Aunque, entonces, el que la iba á tener era yo...

cualquiera cosa fea después de su actuación en los «vaudevilles» que allí sirven á la concurrencia.

Por de contado que con el nombre de «vaudeville» se están representando en España, á ciencia y paciencia de las autoridades, verdaderas pantomimas del tiempo de Petronio; pero si Petronio resucitase y se diese una vuelta por aquel «Novelty», se moría nuevamente de asco.

Aquello es ya tirarse al suelo, que, tal vez, sea lo único que allí queda digno de semejante acción.

No obstante, todo resulta pálido si se compara con el «Petit Moulin Rouge», cosa, después de todo, muy natural, porque el tal «Moulin» es de lo más «rouge» que pueda soñarse.

El «Petit Moulin Rouge» es otro antro, en donde, como en todos los demás, se juega descaradamente con lo que hay. Eso sí: hay muy poca cosa. Todo se compendia en unos duros en calderilla que la gente juega á la «siete y media», y en unas cuantas ciudadanas que asaltan el escenario y muestran al auditorio todas sus sucias intinidades. Todo ello tan exento de gracia, y tan falto, no ya de arte, ni siquiera de mediano gusto, que, á no mediar la «educación» de aquellas masas de hombres, se promoverían allí gravísimos desórdenes.

El cronista—perdona, lector, el vocablo—vomitó tres veces durante una sección. ¡Ah, aquella «disease» juane-

tuda y ancha, por cualquier sitio que se la mirase—y todos la miraban por el mismo sitio!—Aún la recuerdo con horror: sus manos, levantando el volante de la camisa, en tanto que el operador la proyectaba el «foco» en pleno vientre; vientre mostrado en su pristina desnudez, ya que no en sus pristino estado...

Para más escarnio, la pérftida había tenido en cuenta la acción que sobre el vello ejerce el agua oxigenada, y era aquello como una llamarada roja y simbólica que purificase con sus fuegos las profanaciones allí cometidas...

«¡Lo quieren ver?
¡Fíjense bien!»

Y la «artista», un si es no es acompañada por la orquesta, conminaba á los más remisos en el mirar á que no desaprovechasen la ocasión de contemplar sus encantos, vamos al decir...

Es allí, en la Ciudad Condal, entre aquellas ilimitadas «licencias»—que no son lo mismo que licencias ilimitadas—, donde se comprende que no estamos todo lo pervertidos que alguien supone. Es allí donde recordamos que si en Atenas hubo un paseo—La Cerámica—y en él un muro donde se daba cita á las hetairas, en Barcelona el muro es dilatadísimo y disfruta además de la tolerancia, por no decir que de la protección gubernativa...

«CASIMIRO PRIETO».

LOS FILOSOFOS



Biblioteca Regional de Madrid

—¿A que no sabes que atrocidad estoy pensando?

NUESTRAS CRÓNICAS

VIEJAS CHULAS

«En 1915, se casaron en Alemania 929 hembras mayores de sesenta años.»

(De una estadística oficial.)

¡Novecientas veintinueve sesentonas, caballeros, que á una edad tan avanzada quieren darle gusto al cuerpo!

¡Si entre todas ellas suman muy cerca de sus quinientos siglos: la edad de mil loros más bien jóvenes que viejos!

¡Si esas momias no debieran sino pensar en sus rezos, y en preparar su mortaja, y en comprarse un mausoleo, ya que á sus años se encuentran al borde del cementerio y, en vez de so-

EN DESPOBLADO



—Qué ocasión para que hubiese venido Julio hoy, que estamos en despoblado!

—Eso es según; porque Julio es tan boala

ñar con tálamos, debieran soñar con féretros!...

«¡Caramba con las mujeres que se miran al espejo,

diciéndose unas á otras:

—Qué blancos tengo los pelos...!»,

etcétera, que cantábamos los chicos de colegio del Escorial (ya en «mayores», ya en «medianos», ya en «pequeños»), sin otra intención, ¡lo juro!, que la de pasar el tiempo durante los largos ocios de las horas de recreo...

¡Novecientos veintinueve vejestorios ó esperpentos!... Las Pirámides de Egipto son «mozas» al lado de ellos.

¡Qué «quedrán» esas señoras hacer con sesenta inviernos, ó más, sobre sus costillas? La verdad, ¡no lo comprendo!

Si esas viejas, por la noche, sólo deben tomar huevos pasados por agua en vista de que no son indigestos, no me explico por qué quieren prescindir de su alimento natural y sustituirlo por otros no tan higiénicos...

Como las pobres se entreguen del amor á los excesos, no les va á durar la luna de miel lo que un mal sombrero.

Si se casan en verano, la «diñan» en el invierno; si lo hacen en primavera, por otoño alzan el vuelo...

Porque decidme, lectoras de este periódico ameno: ¿cómo podrán esas viejas chulas darle gusto al cuerpo, si no es dándole reposo, tranquilidad y sosiego?

¡Qué harán esas estantiguas con menos carne que hueso para ofrecer á Cupido sus primicias y sus diezmos?

A no ser que hagan el paso, no harán nada de provecho; porque sería risible que tengan el pensamiento de dar soldados al «Káiser» para defender

LOS BAILES CLÁSICOS

FILOSOFIA BARATA

"LA GRUTA"

Es en el antiguo café del Callao, en las calles de Hita y Jacometrezo, donde está instalado este baile de sociedad, formada en su mayoría por jóvenes del comercio y estudiantes, con el solo objeto de divertirse los domingos y demás días de semana. Esto es, continuamente.

El salón, de gran largura y poca anchura, es de figura rectangular, con profusión de columnas de las existentes en los cafés de la Corte. Sus paredes, empapeladas y adornadas con espejos y flores de papel de seda de tonos claros, en armonía con el buen gusto, rodeado todo su perímetro de divanes, por el estilo de los existentes en otros locales destinados al «afrodisíaco movimiento» al compás del manubrío chillón y rutinario.

Abrimos la discreta mampara de cristales, y al entrar en el guardarropa, nuestra vista tropezó con un espectáculo de lascivia escandalosa.

El portero, un hombre de tipo in noble, de anchos hombros, hercúleas espaldas y baja estatura, facciones juanetudas y ojos pitarrosos, escondidos bajo la enorme visera de una gorra galoneada, estaba abrazado en amorosa y viscosa pasión con la «Pajarito», mujer vendedora de amores fáciles, carne de mancebía y pupila de un inhóspite tugurio de aquellos contornos.

Sus bocas calenturientas se juntaron en una promesa de amor, y en el espacio resonó burlón el chasquido de un prolongado beso.

¡Buen saludo!

Nosotros, encasquetándonos el sombrero, nos apartamos de los polares tórtolos, rezongando entre dientes:

—¡Se vive!

—¡Se fuma!

—¡Se besan!

—¡Se... hace lo que se puede!

Cuando penetramos en el salón, un músico de los que componían la banda militar, subido en una silla y empuñando en la diestra una campanilla, subastaba la pieza de música que había de ejecutar la charanga.

—Dan 20 por el «AmiBiblioteca Regional de Madrid des».



—«No hay nada tan hermoso como la virtud en la mujer.» ¡Sobre todo, por el que la va a aprovechar!...

—Dan 10 por «El capricho de las damas».

—Treinta por la habanera del «Ven y ven».

Entonces, serio y malhumorado, entró en el local Rogelio el «Zape».

Era un muchacho completamente rasurado, de cutis fino y delicado, y tipo, andares y movimientos afeminados.

—Doy 25 por el «¡Oh, Mari!»—dijo con segunda intención el «Carterín», señalando á Rogelio.

—Y yo, 30, por el «Sarasa, no me entretengas...»

El «Carterín», con la gracia y picardía que le caracteriza de chusco entre sus amigos, también anticipó su parecer.

—Doy dos reales por el pasodoble del tercer acto de «La malquerida».

Después, la concurrencia comentó la humorada.

La banda empezó á preluviar las acompañadas notas monorítmicas de un chotis verbenero y castizo. «La Rosita» y la «Claveles», aventureras del vicio y mujeres de vilá

airada por profesión, enlazándose los brazos, se pusieron á bailar pornográficas, girando su cuerpo en movimientos y convulsiones lujuriantes y obscenas, que incitaban deseos de placeres hasta la vesania.

Dos estudiantes—el «Adonis» y el «Catedrático»—petulantes y orgullosos se acercaron á ellas:

—¡Hola, «Rosita»! Hace la mar de tiempo que no te veo el pelo...

—Porque llevo pañuelo á la cabeza—respondióle la aludida.

—Como que está pelona—añadió en voz baja la «Claveles».

El «Adonis», no satisfecho con la respuesta de la hembra que varias veces había poseído, formuló esta petición:

—¿Bailamos?

—No; no nos gustan los «tíos»—con-

EVITAD EL CONTACTO



—No, hijo, no te acerques, que, luego, mi mujer me huele á polvos baratos.

testaron rotundamente las trota-calles.

—Pero... «furchias», ¿es que tenéis «la sartén por el mango»?

Y luego añadió el «Catedrático», solemne y sentencioso:

—Ya decía yo que olía á «aceite

frito...» Cuidado que sois tor... pes; no sabéis mènear la «caja de los truecos».

En un rincón dormitaba una vieja lagotera, de brujesco pelaje y harapososa indumentaria. Era una mujer gruesa y fofa; un cúmulo de adiosidades arrebujadas en una toquilla felpudo; efigie de «celestina» acostumbrada á las difíciles artes de tercerías y corretajes de espinas de burdeles y avezada en discretos trapicheos y tratos con damas y galanes.

Ahora, abandonada en los brazos del «Rubio», pasó bailando la «Encarna», mujer simpática, de mórbidas caderas y ondulantes redondeces, que despertaban apetitos carnales de sensualidad.

Sus cabellos, hoscos y dorados, caían rizados sobre los ardorosos ojos negros, alrededor de los cuales se recortaba la amoratada silueta de la ojeras.

Producía la envidia entre sus compañeras de hostel, por ser la más «afortunada» para las conquistas varoniles.

Su rostro, ajado por piérgas y sufrimientos, estaba lívido y retocado con pinturas, perfumes y afeites. En la mejilla izquierda se dibujaba trágica la cicatriz de una puñalada, recuerdo de un amor pretérito, con un cuchillo cruel y matón.

De sus labios, rojos como amapolas, caía con gracia pueril un cigarrillo, cuyo humo la hacía toser con frecuencia.

—Pero, Encarna, ¡qué «perturbancias»! ¿To eso es tuyo?—la preguntó el «Rubio».

—Sí, hijo. Convécete.

—¡Chavó! Es verdad; y yo que creía que habías dejao sin almohadones á cama.

—Ya ves... «mala ficha».

—Por ver esos «dos quesos de bola», era yo capaz... de ¡pelarme á lo quinto!

—Pues, mira, con dos pesetas...—le insinuó alegre la Encarna.

—¡Ocho reales!... ¡Pues á las «tres»! Pero cerca, ¿eh?

—Sí: á Horno de la Mata.

No habían empezado á andar, cuando al lado de ellos pasó como una ráfaga un pestilente olor á yodoformo.

Portador de él era Elisardo, el muchacho espigado, enjuto, de silueta macabra, en el que la Par-

ca iba marcando sus garras misteriosas.

Esquelético, delgado, con el rostro colmado de oquedades violáceas, atrozmente lívido y completamente calvo.

Los dientes, amarillos, y los ojos, tristes y angustiosos, clavábanse repulsivos, desdenando a las rameras como culpándolas de su infortunio, envolviéndolas en una mirada iracunda, que era todo un conjunto de escarnio y vileza.

Su nariz, delgada y transparente, igual que las orejas, parecía roída y destrozada por la tremenda e infecciosa enfermedad que devoraba su juventud y su vida.

Un frío glacial hacía tiritar sus músculos.

El «Rubio», al ver á su amigo, quedó desilusionado.

—Mira, Encarna..., me da miedo... De lo dicho no hay nada. Vete tú sola. Después de ver al «Sastre» y oler á yodoformo, me repugnáis las mujeres. ¡Ingratas, que encenagáis la salud de los hombres!

Y dándola un empujón, alejose rápido y despreciativo.

En un rincón, cuchicheaban en voz baja algunas hetairas ó Venus peseteras.

Desde la calle, llegaba el eco del triste pregón de la castañera de la esquina:

—¡Cuántas, calentitas! ¡Que ahora queman!...

MANUEL DOMINGUEZ.

11-3-1916.

ORACIÓN DE AMOR

Eva madre,
te adoramos;
Madre Venus,
te aclamamos;
Madre novia. Madre amante,
¡oh, la estrella rutilante
que nos guía!...
¡salve!, ¡salve!...
En nuestras locas orgías,
Madre casta,
en nuestra febril pasión,
arde en nuestro corazón,
Madre, hasta
que esté enalbe.

Pon la llama de deseos
insaciable, inextinguible,
que, el morder concupiscible,
nos transforma en Prometeos,
en el alma y en el pecho
y en la mente...

Te pedimos el deshecho

DE «VARIETES»



—¿Qué aguardas? ¿Vas á salir así á escena?

—No; es que va á entrar el empresario

huracán de tu inclemente
santo aliento...
Madre Venus, Eva Madre,
te pedimos el tormento
que sufrió Pan, nuestro padre...
Madre flor, aurora, vuelo;
Madre luz, color, fragancia;
Madre orgullo é inconstancia,
á ti vienen, Venus, los
afligidos sin consuelo,
por amor...;
y pedimos, encendida,
benedicida,
roja flor,
que ores por nos...
Estrella matutina,
ora por nos;
Esposa divina,
ora por nos;
Máter adorada,
Virgen ensalzada,
¡ora por nos, ora por nos!...

VÍCTOR GABIRONDO

LOS CUENTOS DE MELGARES

I

—¡Ya que nos contó uno, que nos cuente otro! ¡Que nos cuente otro! ¡Que nos cuente otro!

Y Melgares, subyugado por la insinuación de las más doncellas, contó otro cuentecillo tan pintoresco y malicioso como el anterior; no obstante, dedicóselo, con suprema gracia y donosura, á una espléndida y deliciosa rubia que tenía frente á sí y que era toda ojos y oídos para él. ¡Gran Dios! ¡Los ojos de la rubia! ¡Y cómo centelleaban entre el oro pálido de sus pestañas!

Y así comenzó Melgares su cuento: «—Erase un bello y gallardo mancebo castellano que moría de sed..., de caricias de amor.

Cogióle la fuerza de su mal en el mirífico castillo de las muy nobles damas de Cancán-Tribadín y Uranias del Pulgar, tías carnales de mi hermoso doncel.

Eran éstas tres nobles y caducas solteronas que habían vivido y sonreí-

¡POR AHI ES!



Mazo.
Biblioteca Regional de Madrid

—Ya sabe usted, caballero: primero, izquier-

do infructuosamente en treinta Primavera, y que apurada ya la edad de las pasiones fuertes y de las ilusiones de color de rosa, resignábanse á ir señalando por Inviernos su existencia, como estación de las noches más interminables y también más cálidas, si bien que el calor siempre lo producía la no mal pertrechada chimenea del castillo.

El noble y gentil doncel, lejos de sus lares, en excursión de aventuras y recreo, habíase sentido de pronto (así al menos creyólo y contólo su pajecillo de armas) una intensa opresión en el lado siniestro del pecho, destemplanza extrema, laxitud en todos sus miembros y un cansancio mortal en el ánimo que obligólo á rendir su viaje en pleno campo castellano.

Unos viandantes quedáronse guardando el cuerpo del infortunado mancebo, mientras el escudero llegábase, reventando su corcel, al castillo de las muy nobles damas de Cancán-Tribadín y Uranias del Pulgar, que era, por suerte y feliz coincidencia, el más cerca del contorno.

Presto fueron los servidores del castillo por el joven enfermo, y en señorial silla de manos fué conducido á la residencia de sus linajudas tías.

¡Oh, cuán lindo y gallardo encontraron al mancebo! ¡Cómo era posible que existiera en un varón tan feliz y agradable hermosura?

No descansaron hasta averiguarlo, y bien comprendieron que era un real mocito el dueño de aquella nariz tan sabia y tan de la casa, y muy sus ojos, y muy su boca, y hasta un gracioso lunarillo que ellas llegaron á entrever indiscretamente en el lado izquierdo del pecho del doncel era muy también de la familia. Tan deslumbradas quedaron las tías de la pureza de los encantos del mancebo, que se hicieron sangre en los ojos de tantas veces como se los frotaron.

Pero, ¡oh, qué infortunada estrella la de los Cancán-Tribadín! El adolescente se moría, se moría por instantes, preso de la más terrible de las congojas. Sus miradas y su sonrisa de dolor revelaban la dulce agonía de los que sienten la helada mano de la Intrusa sobre su corazón, apartándolo de la vida, donde quedan para siempre la luz, el amor y el perfume

Se moría. El Galeno del castillo también lo había asegurado. Un hijo tuvo él que enfermó del mismo mal, y por más que puso á contribución todos los modernos y antiguos secretos de la Ciencia, fué vencido por la Muerte, quien le arrebató á su hijo en una colosal lucha cara á cara.

—¿No hay remedio que cure este encanto de la Naturaleza, personificado y dignificado en el hijo de nuestro noble hermano?—preguntábanle las viejas á trio, sumamente doloridas.

—Sí; uno tiene—dijo con cierto aire de pesimismo el doctor—, uno tiene, y ese es el matrimonio. Pero una unión «carnal y legal» no se arregla en una hora, que es el tiempo justo que le resta de vida á este infeliz mancebo, y creo, por lo tanto, como lo más acertado, irle preparando sus funerales.

II

De manera tan descarnada hablan los doctores, que hacen desazonar á las mujeres, poniéndolas muy en punto de perder el juicio. Así, las tías del enfermo no supieron qué decir ni qué hacer, anonadadas bajo la impresión de las palabras del Galeno.

De súbito una de las tías levantóse, y señalando al sabio la puerta de la habitación, le dijo:

—Salid; queremos deliberar.

Cuando hubo salido el físico, la misma que había hablado se dirigió á sus hermanas en esta forma:

—¿Habéis oído? ¡La salud la recobraré sólo con el matrimonio! ¡Mas hay, por ventura, aquí cerca una mujer que por su elevada alcurnia sea lo suficiente digna para ser su esposa? Bien sabéis que no. Pero heme aquí; ¡yo me sacrifico! Yo me sacrifico, y os ruego bendigáis interinamente esta unión de una hora, porque así lo exige la salud del enfermo, que ya el obispo se encargará mañana de bendecir las demás horas subsiguientes. Ahora hay prisa. Dejadme sola, hermanas mías, con mi noble esposo y sobrino.

—¿Ah, la muy... picara!—dijeron las otras dos hermanas, rebotando en sus asientos—. ¿Quién te ha dicho que tú eres la más digna? Estamos nosotras también. Nosotras también que

GALANTERIAS



—Como esta noche no puedo acompañarte te traigo un obsequio para que te consueles.

—No, hijo mío: me consuelo con pensar que no vienes tú...

—Vosotras no sacrificáis nada, porque sois más viejas que yo—dijo la primera que había hablado.

—¿Cómo se entiende!?!—replicaron las otras dos—. Somos más viejas que tú, sí; pero tenemos también nuestro corazón, y dos años más que nos llevas no son motivo para creerte la más idónea para el matrimonio.

—Soy la más joven—contestó insistente la primera.

—Y yo, de las tres, la más fresca y la más lozana—dijo la segunda.

—Y yo—arguyó la tercera—soy la de más edad, cierto; pero he leído más que vosotras, y estoy, por lo tanto, más versada en los halagos y arrumacos que deben prodigarse á los amantes, y en los mil y un remedios para los males de amor.

—Pero eres... estéril!—le escupieron más bien que le replicaron la primera y la segunda, aliándose ante los revelantes méritos de la tercera.

—¿Y qué?—dijo sardónicamente la interesada—. ¿Pensáis vosotras tener sucesión? ¡Ah, no!—dijo la primera, tanto con estas y otras palabras la disputa, que si no hubiera

sido por un doloroso y prolongado lamento del agonizante, las rancias sefioronas se hubieran sacado unas á otras los ojos de las cuencas.

Se acercaron, pues, presurosas y solícitas, al bello joven de cuya mano eran «aspirantas», y lo hallaron preso de dulce estertor en brazos de la Muerte.

Fué tal la impresión que esto les produjo á las desdichadas mujeres, que, olvidando su anterior disputa, se abrazaron, llorando desoladamente. A poco, una de ellas, la más vieja, des-

ENSEÑAR AL QUE NO SABE



—Tengo ganas de que acabe la guerra para ir al Extranjero y buscar una buena posición.

—Te advierto niño, que yo se tres o cuatro estupendas

asiéndose de los brazos de sus hermanas, le dijo á la de menos edad:

—Hermana mía, veo de cierto que nuestro sobrino está próximo á morir. Si siguiéramos las tres en nuestro propósito de salvarlo, resultaría que antes que se solventara el pleito, nuestro bello y hermoso sobrino pasaría á la Eternidad. Tú, la más joven y la sugeridora de la idea, debes ser la esposa. Cástate, sávalo y sé feliz.

Lo mismo dijo la otra que le seguía en edad; pero añadiendo que si acaso la contrayente llegara á desfallecer en sus propósitos, renunciase, declinando en su persona «el sacrificio».

III

Así se resolvió todo; digo, todo no: la vida del joven estaba «Biblioteca Regional de Madrid» zada».

Cuando se quedó sola la... tía de la suerte (bien lo podemos decir) con su joven y lindo prometido—es decir, el pobrecillo resultaba, más que prometido..., comprometido; pero, en fin, como él estaba ajeno á todo lo que se urdía á su alrededor...—; cuando se quedaron solos, repetimos, las otras dos mujeres salieron de la habitación y dieron cuenta á su Galeno de este sacrificio. El sabio doctor sonrió ladinamente; pero tan discreta fué la sonrisa, que no se supo nunca lo que ella quería significar.

Ya habían transcurrido quince minutos que los... «supuestos» cónyuges estaban encerrados, cuando se oyó un grito, grito de angustia femenina, que, por esperarse, se acogió con relativa tranquilidad, y hasta hubo de conseguir que renaciera la esperanza en las almas que aguardaban...

¡Pero poco duró esta loca, aunque ya tibia, ilusión! Abrióse la cámara... —llamémosla por el momento cámara nupcial— y apareció la desposada en «deshabillé» y pantuflas de la época, revelando en su acalorado rostro una triple expresión de terror, de dolor y de desencanto.

—; Ha experimentado entre mis brazos! ; Todo fué en vano! —dijo, y quedó «acolapsada» en los brazos de sus hermanas.

El Galeno entró en la que ya podemos llamar cámara mortuoria, y después de reconocer detenidamente al difunto con la indiscreción ingénita en estos francos y despreocupados individuos, volvió á aparecer, pronunciando una frase muy socorrida por los hijos de Esculapio, y que fué la última con que remató Melgares su pícarasca historieta:

—; «Demasiado tarde!»

El cuento acabó lánguida y prematuramente; pero la rubia, dando un suspiro, añadió otras dos palabras más, que eran toda una revelación y que fué su verdadero complemento:

—; «Demasiado vieja!»

Pero aquí tampoco acabó todo, pues una reverenda jamona algo senil, acudiendo por los fueros de la clase de crepusculares, añadió este otro comentario, que dió fin al ameno cuentecillo:

—; «Demasiado vieja, no!... ; Demasiado fría, quizás!»

EL CAPRICO DE RICARDO

I

RICARDITO Ojeda, hijo de la condesa de Granvalle, uno de los muchachos de moda en Madrid; el indispensable en los «the tangos» del «Palace», el niño mimado de las vendedoras de besos de postín, el amigo de actrices de fama y de toreros de cartel, no faltaba ninguna noche á un teatrillo donde actuaba una modesta Compañía, con más hambre que repertorio.

Su presencia no tardó en extrañar, y la curiosidad se hizo general en todo el teatrillo. ¿Quién es ese del bigote recortado?... ¿Por quién vendrá?... ¿Tiene automóvil?... Debe ser algún conde ó marqués... Estas preguntas y

comentarios se hacía entre sí toda la Compañía y personal del teatro.

La primera noche, que la casualidad le llevó allí, le cautivó una linda muchacha del coro. Era la chiquilla de facciones perfectas é inteligentes, de formas escultóricas, resaltando en su rostro, pálido y expresivo, unos ojos negros incomparables.

Pronto, Ricardo se enteró de la vida de la corista. Muy niña, se quedó sin padre, y, sin él, casi en la miseria. La madre no podía cubrir las necesidades de sus cinco hijos, todos pequeños, y Esther, que apenas contaba diez y siete años, se dedicó al teatro, bien á pesar suyo, ayudando á comer á sus hermanitos con su mísera nómina.

Mediante unas monedas, consiguió que la florista del teatro le presentase á la sugestiva Esther.

A su cuarto no entraba, pues se ves-

PESCADOR QUE PESCA UN PEZ

TINO



—¿Y vuelves tan orgulloso porque has pescado un pez?

—Cñica, yo me conformo con un **Biblioteca Regional de Madrid**

—¡Tacaño! ¡Para todo eres igual!

tían todas las chicas del coro juntas en el mismo camerin, más bien una jaula de maderas mal unidas, y también por evitar hablillas y murmuraciones; así es que, al terminar la representación, la esperaba en un café próximo, donde cenaban en unión de la señora Manuela, madre de la chica.

No tardaron en ser novios. La mamá, como es natural, veía con gran regocijo dichas relaciones. El porvenir de su hija se le presentaba felicísimo. De Esther no hay que hablar...; ya se veía en rápidos «autos» y ataviada con vistosas «toilettes» y joyas valiosas. ¡A qué mujer no le seduce la esplendidez?... Y mucho más en esa edad de

la vida en que hacia cualquier lado que se mire se ven risueños horizontes... ¡Se creía la más dichosa de las mujeres!... Le entusiasmaba sobre todo la idea de dejar el teatro... ¡Era tan penosa esa vida para ella!...

Los hechizos de su cara entusiasmaron al aristócrata. Esther, á su vez, amaba á Ricardo... ¡Era el primer amor que su corazón sentía!...

Una tarde, después del ensayo, la llevó Ricardo á un alegre y coquetón gabinete que tenía alquilado: allí... entre flores y sedas, la cubrió de besos, la estrechó contra su pecho, en un abrazo ferviente... lujurioso... de brutal deseo, y.....

LOS MORITA



Afortunado «duetto» que recorre de triunfo en triunfo los principales salones de España. ¿No han oído ustedes el gran «Los tortolitos»?

II

De esos amores, nació una niña. No tardó en enterarse de lo sucedido la noble condesa de Granvalle. Parecieronle absurdos dichos amorios, calificándolos sólo como un capricho más de su hijo. ¿Cómo casar con esa mujer al heredero de los títulos de familia y de la cuantiosa hacienda de la casa?... ¡De ningún modo!... A Ricardito había que casarle con una rica heredera y de linajuda familia... ¡Que su hijo la había deshonrado!... ¡Que no se hubiese dejado ella!... Se le daría una cantidad á la señora Manuela, y todo arreglado, ó, si no, se le pasa una pensión á la chica; todo menos consentir una boda de esa índole. Estos eran los argumentos de la anciana condesa. No era Ricardo de la misma opinión, y, por lo tanto, hubo disgustos entre madre é hijo...; pero ante las súplicas del muchacho, acabó la condesa, bien á pesar suyo, por descender al capricho de su hijo.

III

Una vez terminados los preparativos propios del caso, se efectuó el enlace en el oratorio del palacio de los Granvalle. La boda se celebró en familia, saliendo los recién casados el mismo día para el Extranjero.

La novia, radiante de hermosura, lucía las bellas galas del espléndido «trousseau». De su rostro habían desaparecido las huellas del sufrimiento de meses atrás.

Dos meses duró el viaje de novios... Al regreso de él, hubo un cambio radical en Ricardo, el cual no pasó inadvertido para Esther, aunque la corrección del futuro conde hacía parecer que era tan feliz como el primer día... ¡No era así!... El capricho pasó, como pasan las Primaveras... Le interesaban más las nuevas marcas de automóviles y los caballos de pura sangre que las caricias de su mujer.

Una mañana se levantó con visibles muestras de hastío y aburrimiento. Esther, contrariada, le preguntó la causa de su disgusto.

—Las cosas van mal—replicó Ricardo—; hemos gastado más de lo justo en la boda y en el viaje de novios. El capital amenaza ruina; como comprenderás, es menester remediarlo, y para ello, no veo otro medio que marchar á Montecarlo... Mañana mismo pienso emprender el viaje. ¡Veremos qué tal me tratan!... Confío en que mi buena suerte ha de favorecerme....

Su mujer quiso acompañarle; él se negó rotundamente, y marchó solo.

Esther quedó triste, abatida... Las pocas cartas que de Ricardo recibía eran forzadas, breves y más frías que el hielo.

El regreso á su lado se retrasaba; en cada carta había una disculpa nueva. Alguien que de allí vino informó á Esther que su marido vivía con una querida. Al saberlo, se sintió humillada y orgullosa á la vez, y tomando con decisión la pluma, escribió estas líneas:

«Ricardo: No te fuerces en escribirme ni en regresar. Continúa allí con tus queridas. Yo me marcho ahora mismo á casa de mi madre. A ella y á mis hermanitos los echo más de menos cada día. A tu lado, sólo los primeros meses encontré afecto; después... sólo hallé dinero; guárdatelo...; ¡eso es muy poco para la felicidad!... El cariño que tendré al lado de los míos vale infinitamente más que todas tus grandezas. Criaré á mi hijita, y volveré al teatro...; Tenía que suceder!... ¡No tienes tú la culpa!... Debí comprender que lo tuyo no fué mas que un capricho de rico.—*Esther.*»

JUAN PINTÓ Y PARDO.

DE SORPRESA EN SORPRESA



—Pues sí; mi marido se ha asombrado dos veces: una, cuando supo que le engañaba...

—¿Y la otra?

—Cuando supe que era contigo.

Cantares baturros

Bien decías que tu padre hacía la «vista gorda».

Anoche me lo encontré...

¡Mírame este ojo, paloma!



Cuando veo que tu padre viene «montau» en el burro, me afirmo más en que todo anda al revés en el mundo.



¡Cuándo veré blanquear, maña, por el senderico el cesto de la comida y los pañales del chico!



Si es un «melitar»... «el bravo»; «la bella» si es una artista; si es un «flaire»... «el reverendo»; si es un «probe»... «¡Dios le asista!»



La «ciudadá» de Fraga siempre «ciudadá mu» famosa ha sido: mucho más que por su «maza», por sus mozas y sus higos.



Con los bracos al aire anda tu madre por casa. Así debiera de ir siempre: que no hay chaleco con mangas.



En Panticosa, agua;
vino en Ayerbe;
en Ansó, manzanilla,

en Hecho, leche.

LUIS SANZ FERRER.

A UNA MUJER GALANTE

POR qué horas ahora? ¿No hiciste tú con muchos lo que uno ha hecho hoy contigo? Si estabas tan segura de que no habías nacido para querer, ¿por qué sientes celos de quien quizá los merezca menos? Si supiste triunfar en mil ocasiones y te han ven-

CUESTION DE GUSTO



—Mejor que estas flores, hubiese preferido un pedazo de jamón, ó cualquiera otra cosa así, porque á mi todo lo que sea cochino me gusta...

cido con tus propias armas, ¿de qué te quejas?

Tú sabes que yo también fui uno de tantos pretendientes á tu cariño, y no pude conseguirlo; que desgarré mi corazón con todas las ilusiones que había puesto en ti. Y tú, siempre indiferente, siempre burlona, dejabas que te abrazara y te besara cuanto quería, y repetías impasible: «Mis celos, á los

dos; mi corazón, á nadie.» Sentías un placer inexplicable haciendo juguete de tus caprichos á tus admiradores. Te gozabas infinito desairándoles cuando más confiaban en obtener algo de lo que suponían había en tu pecho... ¿Y para qué todo esto? Para que llegase un día en que un hombre indiferente te hiciera sentir las mismas torturas que tú sembraste por doquier. ¿Acaso creías que la inconstancia era patrimonio exclusivo de las mujeres?

A pesar de tu llanto, yo no creo que haya sido el cariño únicamente quien te haya sumido en este desconsuelo. Hay despecho, mucho despecho en tus lágrimas. Porque en torno de ese hombre giraban muchas mujeres galantes que se repartían mutuamente lo que tú aspirabas á conseguir para ti sola. Lo exigía tu orgullo de mujer hermosa. Para él no podías ser tú una de tantas: te era preciso demostrar á las demás que tú valías más que todas ellas. Para conseguirlo habrías sacrificado cuanto posees; pero tus esfuerzos se estrellaron ante la impasibilidad del inconstante conquistador. ¿Cómo llorabas en el baile, anoche, riendo que con todas alternaba menos contigo! ¿Y qué satisfechas estaban tus numerosas rivales! Si yo no te hubiese querido algún día como llegué á quererte, seguramente te habría compadecido. Pero como te quise, tus lágrimas me produjeron una satisfacción inmensa. ¡Ya era hora de que en tus eternas carcajadas se nezelase algún sollozo! Sin embargo, tú nunca llegarás á llorar por él lo que yo tengo llorado por ti. Por esto no puedo procurarte el consuelo que me pides. Es la ley inexorable del egoísmo humano. Tu pena de hoy es un lenitivo tardío á mis penas de ayer. Y como siempre nos parecen mayores los dolores propios que los ajenos, yo quisiera acrecentar los tuyos hasta igualarlos á los míos. Para ello te diría—como tú me decías también—que no aspirés á ese cariño, que renuncies á él, porque quien supo prender la hoguera de su amor en muchos corazones, no puede concentrar todo ese fuego en uno solo... Y si entonces tú siguieras riendo, yo seguiría llorando, porque para que yo olvidase lo que he sufrido, sería necesario que tú olvidases lo que has gozado...

EL FAUNO VIEJO

La Luna, que es una
lámpara de plata,
nimba los jardines
con su claror blanca.
Las rosas abiertas
son una alborada
de la Primavera.
Y en una enramada
de la fronda tupida
un ruiseñor canta
—celeste trovero
de las noches claras—,

CUMPLIMIENTOS



—Pero ¿que aguarda usted ahí? ¿No le he dicho que le dejo entrar?...

—Espero á que me diga si me va á dejar salir...

en tanto en las fuentes,
cual liras y flautas
sonoras y alegres,
suenan carcajadas
de ninfas desnudas,
como el mármol, blancas...

Un fauno muy viejo
entre las frondas pasa.
Va triste, corvado;
en sus ojos, ciegos,
tiémblan las lágrimas,
y tiemblan sus brazos

y peludas patas,
y sus barbas chivas.
Cuando eran gallardas
sus formas viriles,
fuertes sus espaldas,
corria jocundo,
con la sangre en llamas,
detrás de las ninfas
desnudas y blancas,
y amor en sus brazos
potentes triunfaba...

Llora, fauno viejo,
hoy todas tus lágrimas:
pasó aquel tiempo
como una fantasma
orlada de bellas
rosas encarnadas,
y, aunque es Primavera
y las ninfas cantan
canciones de amor
en las selvas paganas,
no es por ti que se abren
las flores galanas,
ni por ti las ninfas
sus canciones cantan...
Bajo el sortilegio
de la Luna pálida
llora tus recuerdos:
las noches pasadas
triunfalmente en brazos
de una ninfa blanca.

D. GUANSE SALESAS.

FOTOgrafías artísticas del natural. Catálogo detallado, 30 céntimos sellor; con varias muestras surtidas, 4 pesetas, sellos ó giro postal.

b. leonard, sucesor
Calle Padua, Barcelona.

Agentes exclusivos en Suramérica,

MASIP Y COMPAÑÍA

RIBADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

Viuda de José Lerín

encargada de la venta de LA HOJA DE
PARRA en Madrid (Abada, 22, tienda).

PASTORA IMPERIO ■ ■ ■ LIBRO DE INTIMIDADES

UN TOMO EN 8.º DE 130 PÁGINAS, 2'50 PESETAS

CONTIENE ESTE LIBRO: «El relicario de sus confidencias». — «Cómo empezó á bailar Pastora». — «La gloria del *début*». — «Los dos duros más bendecidos». — «Por qué pasó á llamarse Pastora Imperio». — «Un célebre baile de máscara». — «Los comienzos de la Fornarina». — «Los amores de la Imperio y el Gallo». — «La Imperio sueña con ingresar en un convento». — «La Imperio, en su hogar». — «Su devoción por la Virgen de la Esperanza». — «Caridad hermosa», etc., etc. — Una magnífica portada y profusión de grabados. — Se envía á provincias, certificado, por 3 pesetas en sellos de Correos, ó Giro Postal. — Los pedidos, con su importe, únicamente á Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid.

Exportación por mayor de revistas, periódicos y libros á España y Extranjero. — ON PARLE FRANÇAIS.

ANTES, EN EL LECHO CONYUGAL, Y DESPUES

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.) Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etcétera); precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturben ó aniquilen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es, pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieran conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, considerando su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. **3 pesetas.** Buenas librerías de España. En Madrid, Fe, San Martín, Puerta del Sol, 15 y 6; Ros, Jacometrezo, 80. Se remite por correo, certificado, enviando 3 pesetas por Giro Postal á Archivo, Apartado 432, Madrid.

CUATRO LIBROS INTERESANTÍSIMOS

«Misterios y secretos del lecho conyugal» (dos tomos con grabados).

«Tortilla al ron» (un tomo de 260 páginas).

«Páginas de Amor» (un tomo de 110 páginas, con grabados).

Se remiten, certificados, á provincias los cuatro tomos por SEIS PESETAS. Al Extranjero VAN POR SIETE FRANCOs Ó UN DOLLAR.

LOS PEDIDOS, CON SU IMPORTE, ÚNICAMENTE Á ANTONIO ROS, LIBRERO, JACOMETREZO, 80, 4.º DERECHA, MADRID.

Biblioteca privada. — Catálogos gratis, remitiendo sello de 0,50 pesetas.

Exportación de revistas, periódicos y libros á España y Extranjero. — On parle français.

LA INGLESA

PRIMERA CASA EN GOMAS

HIGIÉNICAS

MONTERA, 35 (pasaje)
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

(Catálogo gratis enviando sello.)

ESTABLECIMIENTO

TIPOGRÁFICO DE 'EL LIBERAL',

Impresiones de todas clases. — Cartelería. — Comedias. — Revistas ilustradas. — Cartas. — Folletos.

MARQUE DE CUBA, 7. MADRID